

Germanán Rey

# Gritar en sueños. Violencias, comunicación y paz

Asesor de la Presidencia de la Fundación Social. Profesor de la  
Maestría en Comunicación de la Universidad Javeriana.  
E-mail: [german\\_rey@fundacion-social.com.co](mailto:german_rey@fundacion-social.com.co)

diálogos  
de la comunicación

## 1. LAS SILUETAS CEBRAS Y EL SUEÑO EN QUE NO SE PUEDE GRITAR

«Sólo la violencia es muda» escribió Hannah Arendt en «La condición humana»<sup>1</sup>. Lo hacía en el contexto de su reflexión sobre la esfera pública y la vida privada, es decir, de la diferenciación entre la luz plena que permite «que todo sea visto y oído por todos» y la luz crepuscular de los encantamientos íntimos; pero también de su descripción del significado de la democracia y del papel del político como retórico que en ambos casos gira alrededor de la palabra, del uso del lenguaje. La democracia es el «más charlatán de los sistemas políticos» y es político aquel que domina el arte de hablar bien en público, quien se ejercita en la per-

suasión a través de la expresión comunicativa.

La violencia es muda y enmudece, se opone al flujo de las argumentaciones, al foro de las interacciones discursivas en que se exponen y compiten la diversidad de perspectivas. Acudirá a todo tipo de justificaciones: al travestimiento de la verdad, a la disposición para eliminar cualquier diferencia, a la conquista de una visibilidad que refuerce su ánimo guerrero o sus intereses más particulares. Es similar a la figura arquitectónica que sugiere Alejandro Kaufman para ejemplificar el arrasamiento de toda voluntad de supervivencia de lo diferente o a la reflexión que hace Giacomo Marramao de las posibilidades que se tenían -y que no se usaron suficientemente- para rastrear el fascismo en las mutaciones del lenguaje. «Un indicio de lo que estaba por acontecer -escribe Kaufman en «Tramas de barbarie»- pudo haber sido la aparición, hacia 1987 o 1988, por primera vez en nuestro transcurso vital, de viejas casas con ventanas y puertas tapiadas para evitar su ocupación. Tal vez esa costumbre ya existiera desde antes, pero en aquel tiempo debe haber sido un presagio de violencia inaudita que lentamente se fue incubando y que tal vez aún no haya manifestado toda su potencialidad»<sup>2</sup>. La revelación de estas viejas casas deshabitadas con puertas tapiadas se asemeja también -continúa más adelante Kaufman- a «las pre-

cauciones ilimitadas con que se tratan los caudales, monetarios o simbólicos. Un canal de TV está tan custodiado como un banco. La clave de la ausencia de ágora está, no en lo que se transmite, sino en la puerta de entrada al espacio de la emisión de la presunta palabra. La retórica y el profesionalismo están custodiados igual que los bancos. Nada más lejano a la plaza pública»<sup>3</sup>. Esta convergencia entre puerta (que hace recordar a Simmel) y vigilancia, bancos y canales de televisión, retórica y custodia, parecería una variación de la mudez que desata la violencia y ciertamente lo es de la apertura pública de la plaza y el sentido deliberativo de la comunicación democrática. Giacomo Marramao explica que en lo más profundo del lenguaje y sus textos corren conmociones cuyos signos superficiales -casi imperceptibles y posiblemente anodinos- dan lugar a desciframientos de las líneas de gestación de la intolerancia y sus manifestaciones de violencia. Desciframientos que no siempre se vuelven evidentes... «Existe una evolución del lenguaje que hay que ver como un hecho en desarrollo, siempre potencialmente creativo. El verdadero problema es otro: es el peligro de la corrupción, de la barbarización del lenguaje, del lenguaje como vehículo de agresividad. Con un análisis de lenguaje más atento hubiésemos podido detectar la llegada del fascismo a Europa y del nacionalsocialismo en Alema-

nia. Se hubiesen podido advertir ambos con la progresiva corrupción y barbarización del lenguaje precisamente en la polémica política.<sup>4</sup>

En un trabajo etnográfico en el sur de Colombia Michael Taussig encuentra estas relaciones entre guerra y silenciamiento unidas al terror y una memoria que no se borra sino que se hunde en lo más recóndito de las experiencias personales y los imaginarios sociales. Un encuentro que «nubla» y vacía la esfera de lo público. Todos temas que tocarán a fondo las conexiones de la comunicación con la paz. «Por sobre todas las cosas, la guerra sucia -escribe- es la guerra del silenciamiento. Oficialmente no hay guerra ninguna. No hay prisioneros. No hay tortura. No hay desapariciones. Sólo el silencio que consume esa gran parte del lenguaje del terror, intimidando a todos para que no se comente nada que pueda ser interpretado como una crítica a las fuerzas armadas. Esto es más que la creación del silencio. Es silenciamiento, que es muy distinto. Pues ahora lo no dicho adquiere sentido y una confusión específica nubla los espacios de la esfera pública, que es donde se desarrolla la acción. En la presencia de lo no dicho logra que el más simple de los comentarios de la esfera pública se vuelva asombroso en esta época del terror: la mención de los Desaparecidos por parte de las madres en espacios públicos, nombrándolos y mostrando sus foto-

grafías en actos colectivos que adquieren la forma de un ritual en el cual lo importante no son los hechos pues son bien conocidos por todos, sino el cambio que implica la ubicación social en que esos hechos se insertan, llenando el vacío público con la memoria privada. El motivo de silenciar y el terror detrás del silenciamiento no es el borrar la memoria. Ni de lejos. El motivo es enterrar la memoria profundamente dentro del individuo, para así crear más temor y una incertidumbre en la cual la realidad y lo onírico se entremezclan»<sup>5</sup>.

Nublamiento de lo público, casas tapiadas, corrientes internas al lenguaje. Todos cercos que van ocupando la visibilidad para oscurecerla, la memoria para identificarla con el terror; llenando de signos privados (los lentos desplazamientos de campesinos, los recuerdos de los jóvenes asesinados en los barrios, las fotografías de los desaparecidos, los cuerpos inertes de los masacrados) la ausencia de un espacio público que hiciese legítimo el conflicto y sus controversias, pero nunca la eliminación de los contrincantes. Porque el silenciamiento resquebraja la vida pública creando un caos que necesitan los violentos para escudarse, aleccionar, actuar y huir. El debilitado tejido institucional que no procuró la expresividad pública y «tapió las ventanas» sirve como un terreno propicio para el mantenimiento de la guerra y las violencias. Un tejido del

que no ha estado ausente la comunicación, sus actores y sus prácticas.

Es impresionante está asimilación de lo onírico con los cuerpos sin rostro y la persecución. En un testimonio recogido en el libro de Germán Castro Caycedo sobre jóvenes colombianos, uno de ellos, hijo de un exilado político torturado narra su incapacidad de gritar en sueños, como si el silenciamiento marcado por la presencia de los cuerpos informes de los perseguidores se hubiese convertido en el material más profundo de su inconsciente. «Ocho años de edad. En ese tiempo yo dormía solo en la buhardilla de una casa de tres pisos, una casa pequeña. Arriba había un baño y un cuarto. Ahí estaba yo. Soñaba. Todo era gris, todo sin color. Lo único que vibraba era mi casa color ladrillo, al mediodía, cuando el sol cae vertical. Dentro del sueño me despertaba, bajaba al segundo piso y encontraba la sala; me asomaba por la ventana, miraba hacia la calle y veía a cinco hombres sin ropa. Y sin cara. Eran siluetas color cebra que tenían una sonoridad particular, un zumbido que siempre he relacionado con miedo, parecido al ruido de los televisores cuando están sin señal. Un jizzzz. Las cebras golpeaban durísimo la puerta y al final entraban, y yo me veía a mí mismo cuando me sacaban y me llevaban. Y yo no podía hacer nada. El problema era que no podía gritar. Ése es el problema de todos mis sueños. En todos

G. REY

los sueños en que me sucede algo así, no puedo gritar, ni puedo caminar. Hago el esfuerzo y no sale ningún sonido. Finalmente, en un intento por gritar, me desperté y bajé corriendo adonde mi papá. Me acosté a su lado. No le dije nada, no hablamos. Él se corrió, me abrazó y nos dormimos nuevamente. La relación con mi papá está hecha más con silencios que con diálogos»<sup>6</sup>.

En los textos anteriores la palabra y el lenguaje contrastan severamente con el silenciamiento que imponen las violencias. Esta negación de la identidad de las siluetas-cebra, de los hombres sin rostro, es la señal que deja la negación en la memoria, lo que ahoga el grito en la garganta del niño soñador. Los signos que atraviesan todos estos textos tienen una fuerte asociación con la visualidad y las sonoridades: los rostros de los desaparecidos (rostros de quienes no se sabe nada, a quienes rodea el más penetrante de los silencios), los hombres sin ropa que se asoman a los sueños de Daniel (como la des-identidad de los torturadores que ocultan su cara en capuchones)<sup>7</sup>, los zumbidos que traen el miedo y la imposibilidad de gritar componen una paradoja: son presencia pero no comunican. Esta fisura del reconocimiento también está presente en los desplazados de guerra, en su tragedia de ser perseguidos «porque si esa gente busca es para encontrar» y de ser vulnerados en el centro mismo

de su identidad. «El gobierno debe conocer a la gente por sus obras -dice una mujer chocona en una crónica de Alfredo Molano- la gente que quiere la paz no es la gente que quiere la guerra. Los desplazados nos hemos convertido en seres que no somos. Un desplazado no sabe si está vivo o está muerto. Si lo están persiguiendo o está desaparecido. Si mañana va a amanecer vivo no sabe dónde. Un desplazado es un caminante de por vida. Huye una vez, y otra vez, y otra vez»<sup>8</sup>.

El nublamiento de la esfera pública se produce también desde numerosas prácticas comunicativas, algunas de ellas específicamente mediáticas: a través de la innecesidad a la información, los efectos de distorsión que se imponen sobre los acontecimientos, la oficialización -estatal, insurgente, delictual- de los mensajes que circulan socialmente, la criminalización de determinados sujetos sociales despojados del derecho de ser considerados como miembros de la sociedad, la banalización del sufrimiento o la pérdida de densidad histórica de los actos sociales.

Pero es quizás en esta unión entre terror y memoria, en esa disolución de las identidades donde las violencias se hacen aún mudas y activas. Se crea así más miedo y más incertidumbre mientras que se afecta severamente el reconocimiento del otro que empieza a perder su existen-

cia mucho antes de ser despojado de su propia vida.

## **2. LA PAZ EN AMÉRICA LATINA: LOS TRAUMATISMOS DEL PAISAJE**

En “Paz” Norberto Bobbio hace una extensa reflexión de las relaciones mutuamente condicionantes de la diada paz-guerra. «El hombre -escribe- comenzó a reflexionar sobre la paz partiendo del estado de guerra, de ese estado en que es puesta en peligro su vida, amenazada la posesión de bienes, vueltas precarias las condiciones de existencia propias y las de los vecinos. El ser humano ha comenzado a aspirar a los beneficios de la paz partiendo de los horrores de la guerra»<sup>9</sup>.

El paisaje latinoamericano no puede ser más complejo. Mientras existen explícitamente conflictos bélicos internos de diferente índole y coberturas, como también de origen, composición e impactos sociales diversos como es el caso de Colombia, México o Perú (mucho más extendido y grave el primero que los segundos) se consolidan -con bastantes dificultades y contratiempos- procesos post negociación política de conflictos largos y cruentos de guerra interna como sucede en El Salvador o Guatemala.

Entretanto se viven profundos procesos de fracturación de la memoria que habían quedado pendientes en medio de las transiciones de las dictaduras

a los gobiernos democráticos y que se han mantenido entre presiones internas, regreso de exilados, comisiones de la verdad, activos movimientos que agruparon durante años a los familiares de los desaparecidos (las madres locas de la Plaza de Mayo o las diferentes asociaciones de familiares de Desaparecidos de Chile) y últimamente la reconsideración globalizada de las responsabilidades de gobiernos dictatoriales en la violación de los derechos humanos y los crímenes de lesa humanidad.

Algunos conflictos latentes por problemas de delimitación fronteriza han pasado a ser confrontaciones importantes de carácter internacional (como la guerra de Las Malvinas entre Argentina e Inglaterra o las confrontaciones armadas entre Perú y Ecuador) mientras que problemas como el narcotráfico o el terrorismo generan situaciones cada vez más problemáticas entre algunos países latinoamericanos, los Estados Unidos y en general la comunidad internacional. El ambiente post guerra fría y la caída del comunismo en los países de Europa del Este ha dado lugar a nuevos escenarios y también a nuevos tipos de conflictos: mientras se mantiene la vieja confrontación entre Cuba y los Estados Unidos, la guerra contra la droga ha convertido a países como Colombia, Perú, Bolivia y México en lugares de tensiones variables, descertificaciones y aumento considerable de la ayuda para la militarización del

conflicto. Tensiones que han producido, tanto por parte de los carteles de narcotraficantes como de las políticas externas e internas de persecución a la droga costos sociales y ecológicos inmensos, inestabilidad institucional en democracias ya de por sí débiles y sobre todo una expansión a muchos niveles de la vida social de los efectos desastrosos de la corrupción, la impunidad y las violencias. Eduardo Pizarro lo confirma en un artículo, «El espejo colombiano», cuando dice que «la violencia guarda una profunda similitud con el fenómeno de la inflación: una vez esta última se convierte en hiperinflación desborda la capacidad de control estatal y, en una espiral incontrolable, arrasa con la economía de un país. Lo mismo ocurre con la hiperviolencia: una vez salida de madre, la violencia desborda el sistema judicial, al sistema carcelario y a las autoridades policiales y militares, destruyendo todo a su paso como un inmenso ciclón: la ética del trabajo, las normas mínimas de convivencia ciudadana y el respeto a la vida»<sup>10</sup>.

Sin embargo el debate sobre la paz no se restringe a las realidades que pueden ser consideradas como más cercanas a estados de guerra interna o internacional. Existen en América Latina otros focos violentos de enorme preocupación y sobre todo de influencia inmediata sobre la convivencia pacífica: el hacinamiento carcelario acompañado de permanentes motines y graves

enfrentamientos entre presos y entre estos y las autoridades, el desplazamiento forzoso por razones políticas, de discriminación étnica o de empobrecimiento (como las que viven los desplazados por la guerra en Colombia, los refugiados centroamericanos, los balseros que intentan llegar a la Florida o las miles de personas que sufren hambrunas en Haití); las dificultades de los migrantes que son considerados como una población de segunda en algunos países del propio continente y alrededor de los cuales se producen hechos discriminatorios casi siempre de naturaleza urbana (bolivianos en Argentina, colombianos en Venezuela, latinos en los Estados Unidos).

Dentro de este paisaje bien se pueden considerar también todos aquellos fenómenos que tienen que ver con el aceleramiento de las condiciones de pobreza en la gran mayoría de los países de la región con numerosas y en algunos casos novedosas manifestaciones como el empobrecimiento de sectores sociales desenganchados de los procesos de ajuste, los impactos que las políticas económicas han tenido sobre las clase media y sobre campos decisivos de la vida social como la educación pública o los sistemas de seguridad social (salud, situación pensional) como también sobre el panorama laboral que tiende a sobresaturarse de desempleados, empleados informales, poliempleados y bajos

salarios frente a economías dolarizadas. Todo ello a pesar que algunos índices de calidad de vida hayan mejorado, por lo menos en las perspectivas de las grandes estadísticas nacionales aunque no siempre de las realidades cotidianas de la gente. El conflicto entre la extraterritorialidad de la globalización (por ejemplo de la «propiedad absentista») y la poca significación de la localidad que han hecho evidentes autores como Zigmunt Bauman dan lugar a problemas que no se conocían en el pasado y que actúan como dispositivos socialmente desestabilizadores. Otros rasgos importantes del paisaje y su turbulencia son la instauración de gobiernos de control y seguridad autoritarios o de propuestas populistas que buscan consolidarse en el uso del poder a través de mecanismos supuestamente legales, como en el caso de Perú y Venezuela. Frente a los ejércitos y los gobiernos que habían aprendido las lecciones de la teoría de la seguridad nacional tenemos gobiernos que se afianzan mediante poderosos sistemas de control constantemente vigilantes y actuantes. Los escándalos de policías y organismos de seguridad en algunos países latinoamericanos involucrados en violaciones a los derechos humanos y su uso de prácticas de terror sistemáticas no son infrecuentes. Se reemplaza el horror impuesto por insurgencias terroristas por el panóptico estatal altamente sofisticado en su control y

arbitrariedad sobre las libertades de los ciudadanos.

Está también el incremento de la delincuencia e inseguridad urbanas, un fenómeno creciente en muchas ciudades latinoamericanas desde Río hasta ciudad de México, acompañada de intervenciones oscuras de «limpieza social» o de campañas de criminalización de ciertos actores sociales (por ejemplo de jóvenes, prostitutas, mendigos o pandilleros), una versión de la barbarie como lo opuesto a lo civilizado o la barbarie como lo que queda «afuera» de la sociedad.

El paisaje, que apenas se presenta con algunos de sus trazos mas generales y posiblemente menos importantes muestra un horizonte bastante poblado de tensiones y conflictos que inciden en las formas de convivencia, en la caracterización de determinados actores sociales como delinquentes o por lo menos como marginales a la sociedad, en la emergencia de sistemas de control y de represión más sistemáticos y tecnificados y en las reconsideraciones del corpus jurídico que enfrente las nuevas y viejas formas de desadaptación social.

Pero además el paisaje deja de ser limitado por las propias territorialidades y cada vez adopta la forma de un mapa global, de unas interacciones fuertemente internacionales no sólo porque muchos de los fenómenos reseñados se repli-

can casi en iguales circunstancias en muchos países de la región (por ejemplo la inseguridad urbana, la protesta social por el empobrecimiento, la insignificancia de lo local frente a los propietarios absentistas de Bauman o los retraimientos de la clase media) sino por las articulaciones y los sistemas reticulares que se dan entre los fenómenos de violencia que se viven en nuestros países. No cabe duda que entre Perú, Bolivia, Colombia, México, algunas islas del Caribe, los Estados Unidos y Europa se han conformado amplias redes que se precisan entre sí de cultivadores, consumidores, productores, distribuidores de drogas, comerciantes de precursores químicos y financistas que lavan dinero, y se dan también extensas imbricaciones entre sus sistemas policivos, de seguridad y de justicia. La extradición se ha convertido, para sólo citar uno de los mecanismos jurídicos de persecución del cultivo y venta de la cocaína, en uno de los centros mas neurálgicos de los nuevos motivos de desestabilización y violencia en nuestros países y de presión o cooperación de los países de periferia con los países consumidores del primer mundo. El «preferimos morir en Colombia que una cárcel en los Estados Unidos» dio lugar en la década de los 80 a una de las guerras más crueles y terribles que haya soportado un país así como a una de las escaladas más despiadadas del narcoterrorismo en el mundo. Obviamente la extradición fue sólo una de las mo-

tivaciones en juego. La recepción ilegal de la señal satelital por parte de televisiones informales en Colombia produce de inmediato protestas de las autoridades norteamericanas así como de los grandes consorcios mediáticos y las industrias del turismo facilitan la concentración de poblaciones que ponen en peligro los planes de descanso y placer de los migrantes ocasionales de los países ricos que buscan desde exotismo tropical hasta playas desprovistas de las hordas indeseables de pobres y desocupados. Los países son parias por otras razones de discriminación.

Inclusive los conflictos bélicos internos o entre países se encuentran entrelazados con el papel de las Naciones Unidas y la intervención de los Estados Unidos que va desde su política invasiva y militarista aplicada en los conflictos de Cuba, Panamá y Grenada hasta su enfoque «humanitario» que se aplicó recientemente en Serbia y en Kosovo y que algunos analistas de la política internacional no descartan para casos como el de Colombia. El «endurecimiento» y militarización de fronteras en el caso colombiano es, junto con la política armamentista de la lucha contra las drogas o la supeditación de las ayudas económicas a transformaciones internas de las políticas de derechos humanos, formas que demuestran las connotaciones internacionales que han adoptado los conflictos que en el pasado habrían tenido un relativo sesgo territorial.

Una tercera dimensión del paisaje es el impacto directo que muchos de los rasgos mencionados de la «guerra» o de las violencias contemporáneas en el continente tiene sobre grandes grupos indefensos de la población civil cercados por la inseguridad de las ciudades, la «bunkerización» de los estilos de vida, las restricciones a los derechos civiles, el desplazamiento forzoso de sus lugares de habitación y de trabajo, el secuestro y el «boleteo» para recoger dineros que le den sostenibilidad a la guerra, la conversión de la población civil en informantes y proveedores de uno u otro bando en contienda, la permanencia de un estado de terror e intimidación generado por los diferentes actores guerreros, la criminalización de personas o de instituciones, la pérdida de autonomía para dar paso a irritantes formas de control y vigilancia que ingresan hasta los predios más íntimos de sus vidas privadas. Una población civil que está «ad latere» de los partidos políticos hundidos en una crisis sustancial (el caso de Venezuela es uno de los más patéticos) como también de las autoridades que no pueden garantizar ni el control de la fuerza ni la seguridad de sus ciudadanos. Pero junto a esta indefensión radical de sociedades civiles muy débiles están los movimientos sociales y cívicos, un cierto crecimiento de la impugnación civil a todas las manifestaciones violentas, unas formas de solidaridad internacional con poder movilizador y

una cada vez más vigilante opinión pública internacional que presiona a su manera como se observó en el caso de Kosovo.

Un cuarto elemento del paisaje es la refiguración de las violencias a partir de las transformaciones sociales de los últimos años: la urbanización da lugar a escenarios y modalidades diferentes de violencias así como la aparición del consumo masificado de drogas produjo redes criminales, represivas y jurídicas perfectamente inéditas. La disolución de los antagonismos de la guerra fría produce la internacionalización de ciertas preocupaciones como estratégicas (derechos humanos, ingeniería genética, medio ambiente, narcotráfico) así como las renovaciones tecnológicas generan no sólo nuevos accidentes (Virilio) sino también procedimientos desconocidos de guerra o por lo menos de conflictos violentos. Los hackers en el ciberespacio, la guerra biológica en el uso de armas aún más letales, las guerras teledirigidas, las migraciones y los gestos xenófobos, los sistemas de control informáticos, los daños ecológicos que padecen amplios grupos poblacionales son manifestaciones que advienen ligadas a los cambios tecnológicos y que no son solamente un triste privilegio de los países más industrializados sino también de los países pobres.

Finalmente el paisaje de la guerra como el de la paz está

G. REY

altamente unido al relieve de la democracia, la fortaleza de las instituciones y la ciudadanía. Los efectos de las violencias no sólo tienen que ver con el estado de todas ellas sino que impactan severamente sobre su situación. Pero también es en ellas donde se perfilan caminos de solución que, como observaremos más adelante, implican al ejercicio de la comunicación. En su «Agenda para la democracia y negociación con las guerrillas» Marco Palacio escribe que «lo que diferencia a Colombia de otros países latinoamericanos no es la exclusión per se, o la creciente inseguridad ciudadana en las grandes ciudades, sino la ausencia de símbolos, mitos e instituciones nacionales por medio de las cuales sea posible tramitar la ciudadanía y dar curso al sentimiento de que todos somos colombianos» y más adelante agrega que: «En el proceso de modernización colombiano también se rompieron los lazos premodernos de solidaridad entre clases, pero aquí no fueron reemplazados por los lazos de la ciudadanía política»<sup>11</sup>.

### **3. LA COMUNICACIÓN AL CENTRO DE LA IMAGINACIÓN DE LA PAZ**

Convivir significa comunicarse, establecer relaciones con otros, interactuar a través del lenguaje y el diálogo. Si bien las reglas formales del habla no definen a la convivencia, ésta si requiere de aquellas para construirse aunque precise además de sentido de futuro, proyectos comunes e

identidades compartidas. La comunicación es entonces fundamental para el diseño humano de la convivencia como lo es para la democracia, la vida pública y la ciudadanía. Si la democracia es un gobierno de opinión lo es porque su figuración como sistema y como actitud (Paolo Flores D'Arcais) está unida a la distribución imparcial de las posibilidades de éxito, la competencia de versiones políticas y sociales, la transparencia de los comportamientos para garantizar el control sobre los elegidos y la igualdad de deberes, derechos y recursos políticos, entre ellos la posibilidad de comunicar y ser escuchado.

La rendición de cuentas, por ejemplo, necesita del «verse» como también del comunicar a la sociedad los resultados de la gestión de los gobernantes. El debate democrático combina la voz de las mayorías con las de las minorías en lo que significa de oportunidad para reconocer los puntos de vista de los sujetos sociales y ofrecer escenarios pacíficos para tramitar los disensos y los desacuerdos. Cuando la legislación norteamericana de comunicación propone la tesis de la «equidad regulada» está velando precisamente por este principio buscando que los temas de relevancia pública puedan ocupar un sitio destacado en la agenda y que además los representantes de los puntos de vista en juego puedan ofrecer a la sociedad sus diferentes comprensiones.

Uno de los recursos políticos de las minorías es tener acceso a la controversia pública a través de la comunicación, así como uno de los bloqueos más fuertes de la democracia son el secretismo de Palacio o los encubrimientos y distancias que imponen las supuestas razones de estado. Encubrimientos y confusiones que provienen también de otros actores en el caso de la guerra.

La esfera pública es el foro de las sociedades modernas donde se lleva a cabo la participación a partir del habla, un espacio institucional de interacción discursiva (Frazer). Y aunque lo público no se agota en los procedimientos del habla sí precisa de la comunicación para hacerse posible y fortalecerse. Sistemas de acceso comunitario a la información, posibilidades de representación en el escenario social a través de medios, movimientos de la opinión pública por resaltar los problemas de una sociedad, mecanismos de observación y de veeduría para seguir la acción de los gobernantes y en general de actores destacados e influyentes de la sociedad son lugares de intersección entre comunicación y vida pública. La pertenencia a una determinada comunidad, la participación en las configuraciones proyectivas de una sociedad a partir del debate y la elaboración de decisiones públicas son asuntos en que también se encuentra la comunicación con la ciudadanía.

Sin embargo uno de los procesos que se ven más fracturados en la guerra es la comunicación. Fractura doble: o porque la comunicación banaliza, dicotomiza de manera maniquea e incluso genera estigmatizaciones o porque los actores de la guerra imponen silenciamientos, enturbian la información y manipulan simbólicamente para alcanzar sus objetivos guerreros.

La guerra pone en evidencia sus numerosas incidencias en la comunicación. En primer lugar se condiciona el derecho a la información no sólo por los límites que se le imponen sino también por las perversiones que lo rodean. A las formas de censura que van surgiendo y acelerándose a medida que crece el conflicto se suman las actitudes de autocensura que generan el miedo y la incertidumbre de la contienda; en el caso colombiano, en varias ocasiones el estado ha impuesto restricciones para la aparición en los medios de comunicación a guerrilleros o narcotraficantes aduciendo la exagerada publicidad que se les da y en algunos casos criticando la sobrevaloración de sus comportamientos elevados a la condición del heroísmo. En el lenguaje utilizado por las partes se percibe cómo la lucha se inscribe en él de una manera que crea deslindes, califica al adversario convirtiéndolo en enemigo, dota de determinadas cualidades casi siempre morales al enfrentamiento. El grupo de periodistas de «Me-

dios para la paz» en Colombia ha asumido la tarea de elaborar un diccionario de la guerra para «desarmar» la palabra y pacificar el lenguaje<sup>12</sup>. Porque los significados culturales no solamente nombran la guerra sino que también designan la paz.

Mientras “bandola” es una pequeña banda delincuencial y “cilantro” un término con que ocasionalmente algunos militares se refieren a los civiles, los “fierros” son armas de fuego, los “pescaditos” los secuestrados por la guerrilla en la “pesca milagrosa” y la “papaya” el lento y pesado helicóptero ruso M17. Llamar a los metralletas “niñas” muestra, como dice Steiner, que si la palabra “era en el principio”, puede estar al final puesto que existe un vocabulario y una gramática de los campos de guerra.

Necesitados de una visibilidad pública que fortalezca su condición de beligerancia y rodeados de unas determinadas representaciones que de ellos han hecho los medios masivos, se va produciendo un círculo que se estimula mutuamente entre medio y guerrilla, medios y Estado que crece generando acontecimientos que hacen saltar en trizas los derechos de expresión y de información: retenciones de periodistas para obligarlos a hacer determinado tipo de cubrimiento informativo, intimidación pública a los medios como las vallas en la zona del despegue o los comunicados de agencias de noticias con

acusaciones a periodistas por sus supuestas relaciones con otros actores como los militares o los paramilitares, estigmatización de comunicadores por parte de las fuerzas de seguridad del estado, campañas de entrenamiento de informadores para que se acerquen a las fuentes oficiales de uno u otro bando y procedimientos de engaño para que los medios cubran tomas guerrilleras a poblaciones civiles indefensas. En ocasiones son los propios medios de comunicación los que se vuelven funcionales a la guerra y los que producen los eventos que retornarán sobre ellos como un bumerang macabro. Porque los gestos como el lenguaje son mecanismos activos de la confrontación y suelen ser requeridos por las violencias y los violentos. Una crítica más seria de los medios a su propia gestión podría ser más responsable que la fácil auto-complacencia en su figuración como «chivos expiatorios» o víctimas indefensas de una guerra que también es la de ellos.

El ingreso de las comunicaciones a las lógicas comerciales ha traído en muchos casos el adelgazamiento y la estandarización de la información exigida por mercados concesivos, el peligro del predominio de los intereses corporativos sobre la independencia informativa. Estas simetrías entre información y género las hace palpables Lucrecia Escudero en su estudio sobre Las Malvinas y Nicolás Casullo en sus reflexiones sobre la repre-

G. REY

sentación contemporánea de la violencia y la justicia. «Así también la violencia social que atemoriza a las grandes urbes -el tema delictivo con tal violencia es redefinida- queda estilizada, desde las cámaras informativas, en un código. En un lenguaje ficcional establecido y de larga data, para que podamos inscribir el tema en nuestra agenda mental, esto es, para incorporarlo como mundo. El discernimiento del conflicto, su probabilidad de hacerse audible, precisa de la iconografía que lo sepulte en una serial comprensiva, no de la disrupción reflexiva de lo real que nos lleve a interrogarnos sobre cada cosa por primera vez». Y más adelante escribe el mismo Casullo: «En la estetización política e ideológica diaria de la violencia social, se comprueba el tránsito de la experiencia del arte como camino de conocimiento, a su petrificación como fetiche informativo del aturdimiento. De un narrar que llevaba a una historia invisible a los ojos, a un efecto de visibilidad máxima, periodística, donde es la historia la que se vuelve invisible»<sup>13</sup>.

La comunicación tiene un rostro como protagonista de la guerra. La idea de medios asépticamente observadores de los conflictos es una idea que los acontecimientos ponen muy rápidamente en cuestión: porque, como ha sucedido con la guerra del golfo, Las Malvinas o Las Delicias (tres clases diferentes de guerras modernas) la representación mediática ha sido esencial al

funcionamiento bélico que las hace existir como narración.<sup>14</sup>

El cuadro de los problemas que rodean a la comunicación en contextos de guerra es muy variado. En el caso colombiano se pueden subrayar la desinformación como estrategia bélica, la criminalización de los adversarios convertidos en enemigos y la representación maniquea y esquemática de las partes en conflicto. Pero además la demanda de radicalización, la espectacularización y la banalización del sufrimiento, la ausencia de contexto y de referencias analíticas, es decir, una información sin densidad histórica y la centralización de los periodistas en el escenario guerrero dispuestos en la dialéctica intromisiones mediáticas-chantaje bélico.

La información se ha convertido en un elemento importante de las guerras modernas. Desencadenar confusiones en determinados momentos, desestimar a los adversarios a través de campañas de desprestigio o mediante la asimilación a actos que no han cometido, filtrar información aparentemente reservada son solo algunas de las estrategias del uso de la información para desestabilizar, crear climas de tensión e involucrar a la población civil en actitudes marcadas de rechazo o aceptación de los actores y sus acciones.

La criminalización de los adversarios unida a la facilita-

ción de la demanda de radicalidad son otras dos versiones que adopta la comunicación en tiempos de guerra. Los medios promueven determinadas atribuciones sociales, el fortalecimiento de determinadas imágenes colectivas que provienen no sólo de su función representativa sino de las dinámicas de exclusión de la propia sociedad. Los pobres o los homosexuales, los jóvenes de favelas o las prostitutas son imaginados mediáticamente a través de figuras como el peligro, la barbarie, la inmoralidad o la enfermedad de una manera que promueva el rechazo o el miedo y los ubique socialmente de una determinada manera. «Hoy hay ciertas palabras que se han vuelto intocables y que parecen cubrir con su pátina al conjunto de los países civilizados. Es importante destacar la presencia, más abusiva que nunca, de la división entre civilización y barbarie, entre países democráticos y países invadidos por diversas formas del fundamentalismo, nacionalista o religioso. La deriva de la modernidad burguesa ha encontrado, en este fin de siglo, la forma más adecuada para afirmar su dominio planetario: su discurso se ofrece como la quintaesencia de los valores democráticos en un gigantesco esfuerzo avalado por los medios masivos de comunicación y las nuevas variantes de las tecnologías informáticas. Este esfuerzo confluye como en la época de la guerra fría, en la demonización del adversario, en la

descarga de responsabilidades sobre las espaldas de aquellos que hoy representan la maldad y el fanatismo»<sup>15</sup>.

La criminalización o la satanización llevan a que se exijan posiciones aún más radicales, ya sea para pedir políticas concentracionarias y represivas, o para aumentar los niveles de agresión sobre ciertos sectores de la sociedad. Una tendencia en que suelen participar los medios de comunicación. Ricardo Forster dice que «Trasladados al escenario argentino las formas de la biopolítica y las transgresiones permanentes a la ley están haciendo su trabajo con un celo digno de mejor causa. La multiplicación de las formas de violencia cotidiana, particularmente de aquella que se derrama desde los sectores marginados hacia las clases medias, violencia que es continuamente recogida por los medios de comunicación y convertida en el centro de la vida nacional, está generando una demanda de radicalización de las acciones represivas y una redefinición del mapa social del país en el sentido de resaltar aquellos lugares sociales que deberán ser literalmente sometidos al control represivo de las fuerzas policiales. En algunos casos se está pidiendo un verdadero «estado de excepción», un salirse de la ley para eliminar a los criminales y a todos aquellos que en el futuro puedan venir a engrosar sus filas. Limpieza social, guerra policial contra los habitantes de

las villas miseria, proliferación de escuadrones de la muerte amparados por un manto de impunidad y de seudo legalidad, gatillo fácil, y el estado volcado a resolver, desde una perspectiva de guerra civil encubierta, las demandas de seguridad de las clases acomodadas de una sociedad profundamente signada por la desigualdad. El pobre puede convertirse, y en algunos casos ya se ha convertido, en homo sacer»<sup>16</sup>.

Siempre la guerra ha sido espectacular. Como la política. Gritos que acompañan las tomas de las ciudades, ejércitos uniformados, pregoneros, bandas de música, desfiles, mientras que hoy los emblemas de la guerra son conglomerados discursivos, ingenieriles, científicos (Kaufman). Llenos de ritualización el histrionismo bélico desborda en símbolos así como la crueldad adopta rutinas ceremoniales que buscan el aleccionamiento, la intimidación o la marca casi biológica del dominio y la defenestración. Rituales que se inscriben sobre el cuerpo tratando de despojarlo de su humanidad, corroyendo su identidad para que su desaparición no deje huellas, sometiéndolo a escarnios inclusive más allá de la muerte. También hay rituales que actúan sobre los territorios y lo doméstico acudiendo al desenvolvimiento de jerarquías y códigos privados de honor como sucede en las confrontaciones entre pandillas o en el ajuste de cuentas entre mafiosos.

Pero además que la guerra es espectáculo, los medios agrandan aún más su efecto histriónico, banalizando la violencia, sometiéndola a efectos fragmentados que la acercan a la ficción alejándola de la realidad (Subirats), llenándola del repentismo instantáneo del flash de última hora o del suspenso del informe en directo como si se tratara de una teatralización vacía, sin dolor ni sufrimiento. «Pocas experiencias humanas han sido banalizadas más insistentemente en la aldea electrónica -escribe Eduardo Subirats- que las imágenes de desigualdad económica y miseria humana, los relatos de genocidios, los informativos de guerras llamadas sucias o llamadas limpias, o los paisajes de destrucción ecológica y de devastación natural. La representación mediática de la violencia real es neutralizada por la violencia ficcional, a lo largo de siempre reiteradas secuencias idénticas de crímenes, violaciones, accidentes, guerras. A menudo esta violencia, explícitamente erotizada por los medios de comunicación o los videojuegos, cumple la función de un verdadero ritual primitivo de identificación colectiva e integración étnica, de definición de territorialidades urbanas y nacionales, y de catarsis colectivas a escalas masivas. El objetivo de esta banalización electrónica es eliminar la violencia del campo de nuestra experiencia, sin tener necesidad de removerla de nuestra realidad cotidiana y existencial»<sup>17</sup>.

G. REY

Se banaliza a fuerza de restarle densidad histórica a los acontecimientos, lo que significa perder memoria, disminuir hasta la simplificación los contextos y las referencias analíticas donde quizá la violencia se vería en toda su debida proporción y no en esa serialidad sin sentido en que la han convertido los noticieros, abrumados por un ritmo desenfadado e histérico de notas, una detrás de otra, iguales en su parpadeo de simulacro y en su despojo de verosimilitud. Como esos programas llenos de accidentes y persecuciones de criminales por autopistas donde importan más los impactos que los personajes (que no alcanzan a serlo), el suspenso detenido que el desarrollo del relato, los noticieros de televisión se afianzan en la toma, en el encuadre repetido de unos cuerpos que no tienen historia, de batallas que son reducidas a una puesta en escena sin trama narrativa, en un presente continuo que no tiene pasado pero tampoco otro futuro que la incertidumbre y en el fondo, el miedo.

La desaparición de la narración para darle paso al registro breve y sin tiempo es en los géneros periodísticos la concreción de la banalización, del entorpecimiento de nuestra visión de lo real. En «La condición sitiada» Eduardo Subirats escribe que «La función última del ritual de destrucción y sadismo espectaculares consiste precisamente en reforzar la identidad exterior de la comunidad elec-

trónica. Se subvierte y elimina lo social como dialéctica del reconocimiento y se introduce su representación ficcional. El exterior amenazante, el infierno externo, a lo largo de la infinita variedad de géneros audiovisuales que recorren crímenes y catástrofes, el sadismo sexual o las guerras mediáticas, es suplantado por el universo redimido de la publicidad electrónica, en la que los detergentes anuncian la salud pública, la sonrisa de un presidente se eleva a fundamento de una cumplida paz universal o una crema hidratante suprime el mismo poder de la muerte»<sup>18</sup>.

#### **4. VENTANAS SIN TAPIAS, GRITOS SIN AHOGO**

Hay varios caminos para una comunicación que se proponga contribuir a una cultura de la paz: la reconstrucción de la memoria, el apoyo a la visibilidad, la densificación de la deliberación, el aporte a la formación de un ethos democrático, la pacificación del lenguaje y la ampliación de lo público son algunos de ellos.

**RECONSTRUIR LA MEMORIA.**- La información suele comprometerse con la memoria de corto plazo y huir e incluso bloquear las memorias de largo plazo, muchas de ellas signadas por el sufrimiento, las humillaciones y la negación de toda identidad. Sometida a la liviandad, el compromiso con el presente y las reconsideraciones del pasado como simple registro cronológico de hechos, la co-

municación ha ido perdiendo la posibilidad de establecer conexiones que reconstruyan por lo menos algo de las biografías personales y sociales que han sido negadas o desfiguradas. Mucho se discute sobre una noticiabilidad que asigna tiempos semejantes a lo que no es igualmente importante, que recoge matices insignificantes de los acontecimientos perdiendo los verdaderamente relevantes, que ha dejado por fuera fuentes que podrían ofrecer información valiosa sobre otras aristas -no vistas, acalladas- de los problemas.

«La memoria es un proceso abierto de reinterpretación del pasado -escribe Nelly Richards- que deshace y rehace sus nudos para que ensayen de nuevo sucesos y comprensiones. La memoria remece el dato estático del pasado con nuevas significaciones sin clausurar, que ponen su recuerdo a trabajar, llevando comienzos y finales a reescribir nuevas hipótesis y conjeturas para desmontar con ellas el cierre explicativo de las totalidades demasiado seguras de sí mismas. Y es la laboriosidad de esta memoria insatisfecha que nunca se da por vencida la que perturba la voluntad de sepultura oficial del recuerdo mirado simplemente como depósito fijo de significaciones inactivas»<sup>19</sup>.

Investigar la densidad simbólica de los relatos, expresar sus tormentos, oponerse a las desvinculaciones entre presente y pasado es posible, se-

gún Richards, a través de figuras del lenguaje conmovedoras (símbolos, metáforas, alegorías) que entren «en relación solidaria con la desatadura emocional del recuerdo», es posible si se desatan diversas interpretaciones de la historia y de la memoria «capaces de asumir la conflictividad de los relatos y de ensayar, a partir de las múltiples fracciones disconexas de una temporalidad contradictoria, nuevas versiones y escrituras de lo sucedido que trasladen el suceso a redes inéditas de inteligibilidad histórica» (75).

Estas nuevas versiones y escritura de que habla Nelly Richards son nuevas tanto por lo que dejan ver, por los enlaces que posibilitan entre el recuerdo y el presente, como por las narraciones que logran, el lenguaje que experimentan, los géneros que remozan. Significa seguramente una renovación de las fuentes, una laboriosa y paciente tarea de encontrar lo relevante entre una enorme cantidad de información irrelevante, una disposición para construir tramas de las cuales se tienen apenas algunos cabos sueltos, algunas indicaciones apenas provisionales. Es lo que han hecho cronistas contemporáneos en América Latina como Martín Caparrós en Argentina, Tomas Moulan en Chile, Alfredo Molano en Colombia, Alma Guillermoprieto desde Estados Unidos, Elena Poniatowska o Carlos Monsiváis en México. Una clase de crónica que no tiene prisas, que permite el desenvol-

vimiento de los acontecimientos con ese sentido de duración y práctica de la experiencia que W. Benjamin descubre en el narrador. Retornan los recuerdos sin resentimientos a una memoria activa hecha relato, palabra de otros, testimonio de épocas y con ellas de seres humanos.

Alfredo Molano en Colombia ha permitido ver desde la vida de las fronteras hasta las lentas y convulsionadas vicisitudes de los colonos que huyen de la violencia y la sufren nuevamente mientras tratan de reconstruir territorios y modos de existencia. A través de relatos en donde acude a la palabra de seres anónimos para los grandes medios y los manuales de historia oficial pero decisivos para las memorias locales o de ciertos sectores sociales, Molano hace historia de los movimientos insurgentes, los desplazados de la guerra, los pequeños cultivadores de coca. Memoria audiovisual y escrita que guarda la conmoción de lo vivido y que abre pistas para entender las desarmonías y las crueldades del presente, documentos activos en donde se encuentran las ciencias sociales con la biografía, el informe televisivo con el registro etnográfico en una mezcla que hace algunos años era, si no impensable, por lo menos mal vista. Porque esta reconstrucción de la memoria se encuentra con la reconsideración del sentido de las ciencias sociales, con la crisis del «informante» como mero instrumento y con las transformaciones ra-

dicales que ha sufrido la mirada etnográfica. Las escrituras de la memoria han salido ganando de los desplazamientos de la mirada y los nuevos modos de interpretación. Como también de los movimientos políticos que exigen una aclaración de lo que pasó para hacer justicia y desde ella lograr pacientemente la reconciliación.

La pregunta de Brunner sobre la pertinencia de las ciencias sociales para explicar los problemas contemporáneos y el llamado de Rorty a imaginar la solidaridad desde otros conjuntos textuales y otras prácticas de indagación reafirman las posibilidades que abren estas escrituras de la memoria. Quizás ellas permitan aliviar en algo el horror que funde memoria y sueño en las historias de los desaparecidos o en las huellas mnémicas de hijos de torturados como Daniel. Estos relatos permitirán colocar el rostro sobre las siluetas informes de las cebras o de los hombres sin cara, abrir las ventanas de las casas tapiadas y hacer salir por fin la voz que se ha quedado anudada como grito.

DENSIFICAR LA DELIBERACION. Otra de las posibilidades de la comunicación es abrir espacios argumentativos, facilitar la interacción de diversos actores en los ámbitos discursivos y estimular la aparición de interpretaciones que pongan en cuestión certezas fáciles y monotonías explicativas.

G. REY

La interlocución no significa de ningún modo despojar de intereses a los interlocutores sino, por el contrario, reconocer sus procedencias y sus diferencias cognitivas y culturales. Los medios de comunicación y las prácticas comunicativas pueden extender y cualificar la interlocución dando paso a sujetos sociales que han quedado a la sombra o cuyos puntos de vista son desconocidos o distorsionados; pero sobre todo haciendo de la deliberación un ejercicio tolerante, variado, imaginativo. Significa romper algunos procedimientos de diálogo que se han formalizado exageradamente en las rutinas periodísticas así como des-simplificar los debates que muchas veces se convierten en una colección de opiniones pero no en una construcción de conversaciones sociales. Contextualizar y enriquecer los campos de discusión permite desactivar los fundamentalismos de unos y de otros, o por lo menos ponerlos en evidencia. La contextualización en los periódicos se restringe a las cronologías comprimidas así como la cualificación del análisis en la televisión se cubre con opiniones coyunturales y focalizadas de los «expertos». Sin embargo cada vez se hacen más perfiles, se aventuran más disposiciones históricas de los acontecimientos y se establece una interacción entre investigadores y periodistas. Las columnas de opinión que en el pasado obedecían a cánones de legibilidad más bien literarios o políticos (en

un sentido partidista) ahora abren su espectro hacia una opinión que se nutre de la investigación sin ser informes académicos o del pensamiento que desde saberes diversos se pronuncia sobre los problemas más candentes de una sociedad.

En países en donde la opinión se retrae o se banaliza, es decir, adopta el modelo de los programas de variedades, es acogida por la ficción televisiva, la novela o el informe periodístico de fondo.<sup>20</sup>

**APORTAR VISIBILIDAD.** Una de las funciones de la comunicación es aportar visibilidad. Visibilidad que significa poner en escena actores, dibujarlos con la mayor precisión y justicia posibles, darles su propia proyección histórica y facilitar su interacción con otros con los que muchas veces ni se han encontrado en el escenario público. Inexistentes cobran vida, mudos hallan su palabra, aislados encuentran competencia e interacción. Del mundo asistencial y cuantitativo de los refugiados de guerra al mundo de los desplazados que cuentan sus historias y hallan sus ligazones con otros sujetos de la misma sociedad. Del sentido culposos con que se enfrentan datos de la memoria a seres con rostro que despejan, así sea un poco, la «nubosidad de lo público» y las pesadillas de la des-identidad. De la satanización de los jóvenes de barrios populares a la escucha de sus relatos de vida como se hizo en Colombia con

una serie televisiva como «Muchachos a lo bien» o «Viva mi barrio» que mostró otras versiones de la vida de los jóvenes de las comunas asoladas por la figura del sicario o del pandillero, pero sin delimitar mundos de buenos y mundos de malos.

Visibilidad también de temas que quedan ocultos por la persistencia de los que tienen rating o de los que han construido sus propios mercados. Es verdad que poco a poco han ido ingresando temas nuevos a las agendas periodísticas presionados por la evolución de los estilos de vida, los cambios tecnológicos y las exigencias de las audiencias. Educación, secciones de informática, ecología, salud, rock, jóvenes pero también unidades investigativas, secciones especializadas de paz como se tienen en periódicos colombianos como *El Tiempo* y *El Colombiano*.

La visibilidad temática muchas veces devuelve los nuevos temas a odres viejos sin descubrir el potencial comunicativo y la especificidad narrativa que envuelven; porque visibilizar temas y campos es también arriesgar modos de verlos y fortalecer relaciones que hasta hace años no eran las más comunes. Cada vez más los medios descubren la importancia comunicativa de los investigadores y de las ONG's aunque es obvio que sus nexos no están desprovistos de problemas de adaptación y de traducciones conflictivas.<sup>21</sup> y

los movimientos sociales son más permeables a buscar caminos de acceso a la agenda de los medios y a lograr alianzas con quienes en el pasado estigmatizaban. Dentro de las convergencias entre paz, política y comunicación están los procesos de visibilidad pública que asumen actores sociales tanto en los medios como en otras prácticas comunicativas así como el campo abierto para el diseño de estrategias de comunicación pública, la flexibilización del diálogo entre instituciones políticas y sociedad civil, los proyectos de mediación de comunidades y Estado de sus conflictos.

**CONTRIBUIR AL ETHOS DEMOCRÁTICO.** El debate valorativo, siempre que no signifique un regreso nostálgico o un bloque “para asir las tareas del futuro” (Beck) es absolutamente indispensable para que las prácticas comunicativas se inscriban en una cultura de la paz. Porque la tolerancia y el respeto, la participación y la escucha son condiciones de la comunicación y además, ejercitadas prácticamente en ella, contribuyen a la formación de un ethos democrático. En la orilla opuesta la intolerancia y el despotismo -contrarios por completo al sentido positivo del conflicto- inhiben a la comunicación y significan un handicap para la democracia. Gobierno paradójico y lógicamente inerme, la democracia solo conoce, según Paolo Flores D’Arcais, una garantía: un ethos democrático extendi-

do, constantemente renovado, arraigado y que se convierte, más allá de un sistema en un conjunto de actitudes, en una forma de proceder.

La prepotencia de los medios que fiscalizan pero que inhiben cualquier forma de observación social sobre su poder, la conversión de los derechos de información en patentes de corso o en torres inexpugnables con los ciudadanos, la ocupación de lugares y funciones que pertenecen a otras instituciones sociales son expresiones que se oponen a la transformación de la comunicación en escenario para el debate público y a la creación de un ethos democrático que “se produce y se refuerza sólo a través del ejercicio práctico de los derechos democráticos. A través de la participación activa. A través de una activa pasión de la democracia”.<sup>22</sup>

Esta contribución de las prácticas comunicativas al ethos democrático forma parte de su responsabilidad social, es decir del ejercicio práctica de una ética de las comunicaciones.

**POTENCIAR EL LENGUAJE.** Si el lenguaje permite explorar las tendencias explícitas o larvadas de la guerra también facilita recomponer las solidaridades, desentrañar los mecanismos de la crueldad e imaginar estos y otros mundos posibles. Siempre ha sido esa la función del lenguaje, «el más peligroso de los bienes», como lo llamó Hölderlin.

Palabra e imágenes, sonoridades y ritmos, movimiento y velocidades forman parte de las gramáticas usadas por los comunicadores a diario. Comprenderlas, conectarlas a las rupturas de los movimientos del arte, asumirlas desde su particularidad cultural es una de las posibilidades más cercanas que se tienen para vincular la comunicación a la cultura de la paz.

Nada peor que un lenguaje disminuido, empobrecido por la reiteración. Y no se trata del periodismo literario de que se habló hace unos años sino del hallazgo de las resonancias estéticas del oficio periodístico. Cuánto enseña el expresionismo, cuánto indica el minimalismo a los usos del lenguaje, a la creación de las imágenes por sugerencias que comporta y por las sensibilidades que abre.

Pero también es frecuente el uso de la violencia en el lenguaje de los medios. Tonos xenófobos, estereotipias, resaltamiento de prejuicios, maniqueísmos analíticos, demonización de los adversarios son todas formas que adopta el lenguaje en sus ordenamientos de poder. «El poder es legión, como el demonio» recordaba hace años Roland Barthes en su discurso inaugural en el College de France. «El lenguaje -escribe William Ospina- puede ser un arma. Puede servir para serenar o para intranquilizar, para explicar o para confundir, para acusar o para absolver, para investigar o para distraer».

G. REY

Es su discurso de aceptación del Primer Nobel de Literatura Tony Morrison escribió que “El lenguaje opresor es más que la representación de la violencia; es la violencia; es más que la representación de los límites del conocimiento; limita el conocimiento. Sea el oscuro lenguaje de Estado o el falso lenguaje de los estúpidos medios de comunicación; sea el lenguaje orgulloso pero calcificado de la Academia o el lenguaje utilitario de la ciencia; sea el lenguaje malévolo de la ley-sin-ética, o el lenguaje ideado para la marginación de la minorías, el cual oculta su saqueo racista en su insolencia literaria; debe ser rechazado, modificado y expuesto. Es el lenguaje que bebe sangre, sorbe vulnerabilidades, oculta sus botas fascistas bajo miriñaques de respetabilidad y patriotismo mientras avanza implacablemente hasta la línea de fondo y la mente que ha tocado fondo. El lenguaje sexista, el lenguaje racista, el lenguaje teísta, todos son característicos de los vigilantes lenguajes de dominio, y no permiten, no pueden permitir nuevos conocimientos ni alentar el intercambio mutuo de ideas.”

## NOTAS

1. Hannah Arendt, *La Condición Humana*, Barcelona: Paidós, 1993.
2. “Tramas de barbarie”. En: *Pensamiento de los Confines*, No. 6, Bs. As: Paidós, 1999, pág. 28.
3. En: “Tramas de barbarie”, pág. 31.
4. Giacomo Marramao, “La filosofía ya no posee un idioma innovador”. En: *Babelia, El País*, 1º. de agosto de 1992, pág. 2.
5. Michael Taussig, “Un gigante en convulsiones”, Barcelona: Gedisa, 1995.
6. Germán Castro Caycedo, *Colombia X*, Santafé de Bogotá: Planeta, 1999.
7. Recientemente un comandante del ELN, guerrilla colombiana invitó a un grupo de periodistas y decidió mantener retenido a un fotógrafo colombiano de la agencia Reuters pues le había tomado una fotografía sin capuchón sobre el rostro. El acto del ELN fue de inmediato repudiado de manera generalizada como una clara violación de la libertad de información.
8. Alfredo Molano, “Me cortaron de raíz” - Crónica-, Santafé de Bogotá: Cromos, No. 4264, octubre 25 de 1999, pág. 48.
9. Norberto Bobbio, “Paz”. En: Norberto Bobbio, *El filósofo y la política-antología*, México: FCE, 1996.
10. En: *El Espectador*, 39-X-1999, p. 3ª.
11. Marco Palacio, “Agenda para la democracia y negociación con las guerrillas”. En: *Los laberintos de la guerra. Utopías e incertidumbres de la paz*, Francisco Leal (comp.) Santafé de Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1999, págs. 74 y 75.
12. “Para desarmar la palabra. Diccionario de términos del conflicto y de la paz”, Santafé de Bogotá: Corporación Medios para la Paz.
13. Nicolás Casullo, “La nueva espiritualidad virtual”. En: *Pensamientos de los Confines*, No. 6, Bs.As, Paidós, primer semestre de 1999, págs. 16 y 17.
14. Cfr. Germán Rey, *Balsas y Medusas. Visibilidad comunicativa y narrativas políticas*, Santafé de Bogotá: Cerec, Fescol, Fundación Social, 1998.
15. Ricardo Forster, “Kosovo?... yo argentino”. En: *Pensamiento de los Confines*, No. 6, Buenos Aires, Paidós, 1999, pág. 35.
16. Roberto Forster, “Kosovo?... yo argentino”. En: *Pensamiento de los confines*, No. 6, Buenos Aires, Paidós, primer semestre de 1999, pág. 39.
17. Eduardo Subirats, “Violencia y civilización”. En: *Letra Internacional*, No. 62, Madrid, 1999, pág. 20.
18. Eduardo Subirats, “La condición situada”. En: *Letra Internacional*, No. 41, Madrid, 1995, pág. 41.
19. Nelly Richards, “Políticas de la memoria y técnica del olvido”. En: *Cultura, política y modernidad*, Santafé de Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, CES, 1998, págs. 64 y 65.
20. (He estudiado en el caso colombiano el papel que desde la década de los 70 ha tenido el dramatizado televisivo en la discusión y en la memoria de temas sociales muy importantes como la guerra, el narcotráfico, la corrupción, el poder de los medios o la homosexualidad).
21. Cfr. Rosa María Alfaro “...Sobre este tema, he escrito... en *Balsas y Medusas. Visibilidad comunicativa y narrativas políticas*, Santafé de Bogotá: Cerec, Fescol, Fundación Social, 1998.
22. “La democracia tomada en serio”. En: *Claves de Razon práctica*, No. 2, Madrid, mayo de 1990, pág. 13.